1916-2016: La larga marcha hacia el compromiso democrático

Juan Negri

UNSaM

La madre de Jorge Luis Borges falleció en 1975 a los 99 años. En el velorio, una señora se acerca al escritor y le comenta que era una pena que se hubiese muerto tan poco antes de alcanzar los 100 años. Borges, ácido, le respondió: "Veo, señora, que usted es devota del sistema métrico decimal."

Esta misma devoción por el sistema métrico decimal es la que nos lleva a recordar con mucho más énfasis que otras veces eventos que se conmemoran en años redondos. En este 2016, nos tocó celebrar (algo sobriamente) el Bicentenario de nuestra independencia. Y también el centenario de las primeras elecciones libres en la historia de nuestro país, lo que permitió la llegada al poder de Hipólito Yrigoyen. En palabras de Robert Dahl, al habilitar el componente participativo la Argentina pasó de una hegemonía competitiva a una poliarquía (aunque todavía faltaba el voto femenino, pero como sabemos la teoría democrática suele ser machista en este punto).

La celebración, por cierto, es engañosa. Los argentinos no estamos celebrando cien años de democracia, sino tan solo nuestra primera experiencia democrática como sociedad. Porque (huelga decirlo) 1916 fue para los argentinos apenas el principio de un largo ciclo de inestabilidades políticas que nos hizo oscilar entre democracias, gobiernos militares, décadas infames, fraudes patrióticos, autoritarismos competitivos, juegos imposibles y proscripciones que en conjunto duraron buena parte de los cien años que nos separan de aquellos días de una Buenos Aires en blanco y negro que celebraba la llegada al poder de Yrigoyen.

A pesar de lo antedicho, creo que el balance "politológico" de este siglo que nos separa de aquel 1916 termina dando resultados positivos. Mirando hacia atrás, lo que vemos es que durante el siglo XX la Argentina aprendió a ser democrática.

En primer lugar, los actores políticos argentinos aprendieron los beneficios de la moderación y los peligros de la radicalización. El fracaso de la democracia argentina durante

el siglo XX fue producto principalmente de la intransigencia de radicalismos de izquierda y derecha. Los radicalismos conservadores trataron de impedir por todos los medios (inclusive los no-democráticos) la pérdida de poder relativo bloqueando cualquier tipo de reformismo que implicara la transferencia de recursos políticos o económicos. A su vez, los radicalismos reformistas estuvieron dispuestos a utilizar todas las herramientas (inclusive las no-democráticas) para llevar adelante los objetivos programáticos que consideraban innegociables. Los radicalismos proliferaron así en nuestro país, desde partidos políticos antagónicos, grupos guerrilleros o facciones militares. Ese radicalismo, afortunadamente, ya no existe. Este es un gran legado del período que va desde 1916 a nuestros días. La negociación parlamentaria o los tan denostados acuerdos entre cúpulas son triunfos democráticos indispensables. El balcón de Cafiero y Alfonsín en 1987 es una imagen trascendental de nuestra poliarquía.

Esta moderación estuvo acompañada de un compromiso democrático inédito hasta entonces entre los actores políticos. 1916 fue el inicio de un proceso competitivo que sin embargo no disfrutaba del consenso necesario para sobrevivir. Juan Linz y Alfred Stepan, en su clásico estudio sobre las transiciones y consolidaciones democráticas de 1996, argumentaban que la democracia sobrevive cuando se transforma en el único juego aceptado por todos los participantes. Pero este no era el caso de la joven poliarquía argentina de 1916. Los actores políticos la aceptaban mientras les sirviese a sus objetivos, a la vez que la población en general (ni hablar de los sectores conservadores o la Iglesia) nunca estuvo demasiado convencida de su superioridad sobre otras alternativas. El otro gran legado del siglo XX argentino en relación a su régimen político es el convencimiento de todos de que independientemente del resultado, el procedimiento es justo y legítimo.La democracia pasó a ser un valor intrínseco para la mayor parte de los partidos y organizaciones.

El catalizador de este cambio fundamental fueron, entonces, los partidos políticos. Un régimen competitivo puede sobrevivir solamente si los partidos son el agente de la moderación y la tolerancia. A su vez, los partidos socializan a sus miembros en un conjunto

bastante estable de valores. Si estos valores son democráticos, entonces la posibilidad dela continuidad del mismo se refuerza.

No podemos minimizar el impacto de estas modificaciones. La teoría democrática ha producido trabajos de calidad que intentan explicar las causas de la (in)estabilidad de los regímenes democráticos. En el famoso artículo de Lipset de 1959, el autor argumenta que la democracia surge en países económicamente desarrollados. Sin embargo, la Argentina fue democráticamente estable en condiciones económicas mucho peores que los períodos en los que se sucedían los golpes de Estado. Lo mismo ocurre con las teorías estructuralistas que ponen énfasis en la clase (como las de Daron Acemoglu, James Robinson o Carles Boix): en nuestro país la clases trabajadores o bajas no fueron necesariamente democráticas ni el catalizador hacia regímenes más competitivos. Por último, las teorías culturalistas son demasiado estáticas y no pueden explicar que la Argentina sea hoy una democracia pero no lo haya sido en los setenta.

El aprendizaje por parte de los actores políticos de las bondades de la democracia como forma de resolver conflictos es entonces central. Este aprendizaje está en la raíz de la estabilidad democrática que nuestro país exhibe desde 1983, y su ausencia explica la fragilidad de la poliarquía instaurada en 1916 que celebramos este año.